

# EL FARO

REVISTA QUINCENAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS Y MAGNÉTICOS

Todo efecto  
reconoce una causa

Todo efecto inteligente  
acusa una causa inteligente

## Precios de suscripción

En Sevilla, UN REAL al mes.—Pe-  
nicola, Ultramar y Extranjero, CUA-  
TRO REALES, trimestre adelantado.

## SE PUBLICA

LOS DIAS 10 Y 25  
DE CADA MES

## Puntos de suscripción

En la direccion y administracion,  
Limonos 10.

## ADVERTENCIA

La Redaccion de nuestra re-  
vista que ya se honraba con la  
colaboracion de los reputados es-  
critores Sres. Gonzalez Soriano,  
Navarro y Murillo, Pellicer, Ma-  
rin y Contreras, la Sra. Prieto-  
moreno de Solano y otros no me-  
nos conocidos por sus trabajos  
literarios y cientificos en favor  
de la libertad y del progreso;  
tiene la satisfaccion de anunciar  
à sus favorecedores que ha entra-  
do à formar parte de ella el ilus-  
trado escritor Sr. D. Ricardo Ca-  
ruana Berard; tomando una par-  
te activa en la Direccion de EL  
FARO.

## ¡ALERTA!

Varias veces hemos dado la voz de alerta  
à nuestros correligionarios y à los lectores  
de la prensa espiritista, à fin de prevenirlos  
à todos contra esa falange de desgraciados

seres que, ya por ignorancia ò fanatismo,  
ya por especulacion ó por maldad mistifi-  
can la doctrina espiritista, realizan fórmu-  
las sacramentales que atribuyen à prescrip-  
ciones de la misma, y simulan fenómenos  
para despertar dudas acerca de la legiti-  
midad del hecho psicológico que inevitablemen-  
te la sanciona. El jesuitismo, à quienes los  
tales mistificadores sirven inconsciente ó  
voluntariamente, no desperdicia ocasion de  
aprovechar sus aptitudes y excitarlos à la  
obra de perturbacion y desprestigio con  
que incesantemente se han propuesto des-  
truir los efectos de una propaganda que, mas  
tarde ó mas temprano, ha de ser universal,  
y que está llamada inevitablemente à sus-  
tituir en la conciencia de la humanidad to-  
das las instituciones caducas que, ampara-  
das à la sombra de la bandera de Cristo,  
promulgan el mas absurdo paganismo, por  
el cristianismo racionalista y científico que  
es la verdadera religion y la mas pura mor-  
ral.

Hoy, nuevamente, apercibimos à nues-  
tros abonados y colegas para que no se dejen  
sorprender por los propagadores intrusos,  
que aparentando interés en el progreso de

las ideas predicar con hipócrita entusiasmo un Evangelio ridículamente interpretado, y aconsejan contemporizaciones con el error, llegando algunos hasta a proponer sean decorados los lugares, que á las sesiones de estudio se dedican, con altares, fetiches y luces, é intercalar coros religiosos entre sus dilucidaciones filosóficas.

El jesuitismo, que posee la virtud de la constancia en todo cuanto atañe á sus ambicionados intereses de dominio y posesion universales, no se duerme un instante, y ejercita su incansable actividad en oponer valladares al desarrollo y divulgacion de cuantas ideas políticas, filosóficas, religiosas y científicas pueden desvirtuar ó destruir sus planes utilitaristas. Al efecto, y reconociendo en el Espiritismo la gran potencia llamada á destruir su caduco y desvirtuado sistema, se introduce con la suave sagacidad de la serpiente venenosa en las agrupaciones de estudio fingiendo una adhesion que su elevado orgullo é inagotable soberbia les priva de sentir, é intentan con simulada dulzura mistificar á los adeptos, y apartar á los neófitos del conocimiento de la verdad.

Alerta...! repetimos por última vez; mucho cuidado, mucho ojo, mucha precaucion; no nos dejemos sorprender por los innobles amaños que el egoismo y la maldad jesuíticos nos tienden de continuo. Si alguno nos propone contemporizaciones con el error; si nos recomienda fé ó el testimonio como criterios de verdad; si nos prescribe autoridades individuales ó colectivas surgidas del capricho y emancipadas de la razon y de la ciencia; si nos presenta fenómenos dudosos y poco comprobados negándonos la más amplia investigacion; y si nos incita á controversias ó declaraciones públicas que vedadas por la ley impliquen responsabilidad

y puedan perjudicarnos ó inutilizarnos, veamos en el un jesuita disfrazado ó un instrumento del jesuitismo, y arrojémosle con entereza y dignidad de nuestro lado como gérmen en pútrida fermentacion que con su contacto viene á contagiarnos y á procurar inducirnos á la más denigrante perversion.

El verdadero espiritista no debe nunca hacerse solidario del error, por más que deba siempre ser benévolo y tolerante con quien desgraciadamente lo profesa.

El verdadero espiritista no debe nunca alimentar creencias por fé ni autoridad humana, sino por esperiencia y por razon, por más que deba siempre suspender su juicio acerca de lo que por dichos medios no haya podido penetrar y conocer.

El verdadero espiritista no debe nunca faltar á las leyes gubernativas del Estado en que more, por más que deba siempre contribuir, por medios licitos, á su modificacion si fueren depresivas injustas é inmorales.

Porque el Espiritismo no es otra cosa que la verdad, sintetizada por la *justicia*, por la *caridad* y por la *ciencia*.

«Por el fruto se conoce el árbol.»

M. GONZALEZ.

---

## LA ESPADA DE BERNARDO

Los marciales ímpetus de la secta ultramontana van menguando á medida que se vé forzada á reconocer que pasaron sus tiempos, y que la inquisicion ha desaparecido para siempre. A lágrima viva llora la pérdida de aquel su inmenso poderio, en cuya virtud amordazaba, en épocas pretéritas, el pensamiento y la conciencia. Erguiose sobre todas las instituciones humanas, poderosa, gigantesca, formidable; imponia su voluntad á los tronos y á los pueblos; fijaba

el curso de los desenvolvimientos políticos y religiosos; no habia otra ley que su voluntad, ni mas dogma que su palabra infalible. Si se le antojaba, ó abria los mares para que Moises pasase al otro lado, sin mojarse las sandalias, ó detenia el sol en su carrera por el gusto de que Josué tuviese tiempo de degollar á los enemigos de Israel. Mandaban en el cielo, en la tierra y en los abismos; y si no habia extendido su imperio más allá del firmamento, fué porque creyó que era el firmamento el límite de la inmensidad y que los astros no eran sino los farolillos que Dios colgara del techo para alumbrar á nuestros ultramontanos. ¡Cómo cambian los tiempos! Hoy la omnipotente secta no es sino el esqueleto de lo que fué: mañana sus huesos atestiguarán, en el gran museo arqueológico de la historia, la existencia de una monstruosa institucion que vivió alimentándose de la sangre y de la ignorancia de los pueblos.

¡Con qué energia, con cuán satánica soberbia promulgaba sus decretos, cuando los poderes civiles no eran sino dóciles instrumentos de su soberana voluntad! ¡Ay de la cerviz que se atrevia á revelarse; ay del misero que osara sobreirse oyendo alguna de sus absurdas leyendas! Era fuerza pasar por todo, y comulgar con las ruedas de molino que ella labraba para espiritual alimento de los fieles; de lo contrario se corria gravísimo riesgo de verse sepultado en vida, en lóbrego calabozo por sospechoso de heregía, ya que no de morir entre las llamas por hereje.

¡Hablar!... ¡escribir!... ¡Quién se hubiera atrevido á lo uno ni á lo otro, como no fuese en alabanza de los frailes, esto es, de la religion, ó para dar fé de alguno de los muchos milagros que se les ocurrían á aquellos seráficos varones? Lo menos que

podia sucederle al que hablase ó escribiese por su cuenta, y no por cuenta de la Iglesia (caso raro, por no decir imposible), era que le cayese encima una excomunion de grueso calibre; y sabido es que las excomuniones en épocas no muy remotas, tenian mayor alcance que los cañones modernos. El excomulgado no tenia más remedio que llamar de rodillas á las puertas del santuario para que le fuesen alzadas las censuras, mediante el cumplimiento de la penitencia impuesta, ó de lo contrario sucumbia en la desesperacion, victima del odio de los unos y del desprecio de los otros. Hoy las excomuniones han perdido aquella virtud abrumadora: ya Napoleon graduó su verdadero alcance; y en la actualidad se cuentan por millones, en los países católicos, las personas que temen más á un lijero resfriado que á una excomunion.

Merced á las terribles armas de que el ultramontanismo disponia, y que esgrimia con frecuencia para que no se enmoheciesen con el ócio, la unidad religiosa imperaba sin contradiccion en los pueblos sometidos á la influencia clerical. Nadie ponía en tela de juicio una afirmacion lanzada por la sagrada boca de un sacerdote ó de un fraile. Creíase á pié juntillo que Dios habia hecho el mundo en seis dias, ni mas largos, ni mas cortos de falle que los nuestros, que una serpiente y una manzana habian destruido, allá en el paradisiaco jardin, la inmortalidad de que el Criador dotara á la naturaleza humana; que un señor llamado Matusalem vivió novecientos sesenta y nueve años; que el huracan de las divinas venganzas habia arremolinado las nubes y abierto las cataratas del cielo sobre la tierra. Creíase sin protesta en la babilónica torre, y en la fecundidad octogenaria de Sara, en las lentejas de Esaú, en las plagas de Moisés,

en las trompetas de Jericó, en los cántaros de Jedeon, en las zorras de Sanson y en la burra de Balaam. Creíase con incontrastable fé, que Dios se había hecho hombre; que tres eran uno y uno era tres; que el impasible había padecido y el inmortal había muerto. Y creíase mas; creíase en la multitud inacabable de milagros que concebía y daba á luz la inventiva de los monjes. Todos creían lo mismo y lo creían todo; uno era el rebaño, uno el color de las ovejas. Si algun lobo se introducía en el redil en un santiamén daban cuenta de él los perros azuzados por los pastores: si algun indiscreto pensador venía á turbar con su palabra la tranquila ociosidad de la conciencia pública, no tardaba tanto en ser oido como en ser amordazado.

La religion triunfaba en toda la linea: la despensa conventual no dejaba nada que desear: el clero poseía los dos tercios de la riqueza de los pueblos. Un tercio mas y el triunfo de la religion habria sido completísimo.

¡Cuánto ha perdido desde entonces la iglesia ultramontana, principalmente en lo que llevamos de siglo! Su autoridad comenzó por ser discutida, y ha acabado por ser menospreciada: desde que no puede hacer llorar, si blasona de su antiguo poder, hace reír. A cada arremetida de la ciencia se desploma alguno de sus dogmas. Ya casi no tiene fuerzas ni aun para hacer milagros, que con tanta facilidad hacia en sus buenos tiempos. Sin la proteccion que, por antiguos respetos y actuales conveniencias, todavía las leyes le dispensa, ¿qué sería del ultramontanismo?

¿Qué se hizo de aquella fé, sólida, maciza, á prueba de contradicciones y misterios, con que antiguamente eran recibidas sus palabras? ¡Ay! barrióla de las concien-

cias el soplo que levantó á fines de la pasada centuria, la declaracion de los derechos del hombre. Aquella declaracion fué el alud desprendido de la montaña, que ha de derribar y reducir á escombros todas las instituciones enemigas del progreso. Ya casi nadie cree lo increíble. La generalidad de los entendimientos se han emancipado de la tradicion y rechazan el dogma que no viene sancionado por la ciencia. La geología, la cosmología y la paleontología han reconstruido el Génesis; la filosofia y la estética han reconstruido el concepto de Dios y de su justicia; la teología natural reconstruye el dogma armonizándolo con la naturaleza y con el concepto científico de Dios. Esta última obra no está todavía mas que iniciada; pues por una reaccion fácil de comprender, al reinado de un fanatismo perseguidor, había de suceder el reinado de una incredulidad suspicaz y recelosa. Asistimos á las postrimerias de unas creencias, y al nacimiento de otras: al ocaso del ultramontanismo y al orto de la fé racional, cuyo disco se levanta en el horizonte, nebuloso aun, de la libertad del pensamiento.

¡Qué contraste! Los apóstoles, que nada poseían, llegaron por la virtud de su doctrina, á poseer toda la tierra; los ultramontanos poseían toda la tierra; y acababan de quedar reducidos á la posesion de si mismos. Y no podia suceder otra cosa; porque á opuestas causas corresponden efectos tambien opuestos. Era el ideal de los primeros libertar á los oprimidos, al paso que los segundos jamás se ocuparon sino en oprimir á los hombres y destruir sus derechos. Aquellos se dieron en holocausto por la salud del mundo, estos han sacrificado el mundo en aras de sus comodidades é intereses. Los unos proclamaron el amor, la fraternidad entre los hombres y el perdon como funda-

mento de su iglesia; los otros levantaron calabozos, hogueras y cadalsos para sus purificadoras venganzas. Los Apóstoles se despojaban de sus túnicas y con ellas cubrían á los desnudos; los ultramontanos se vistieron y enriquecieron con los despojos de todos.

Aspiran á la dominacion universal que por sus pecados han perdido, pero ya es tarde; ya la generalidad de los hombres han despertado, y los pueblos comprenden que no es en las cosas religiosas en las que han sido menos explotados. Ya son poquísimas las personas que creen en la eficacia del oro para redimir sus faltas y comprar la bienaventuranza. El racionalismo, que es la reivindicacion de la dignidad humana, se enseña de los entendimientos, y todos preguntan la razon de cada forma de culto y la razon de cada dogma. Y ante el gran concilio ecuménico de las conciencias libres, del pensamiento emancipado, de los corazones ávidos de justicia, de los entendimientos sedientos de verdad, ¿cómo defiende el ultramontanismo sus anacrónicas é irracionales conclusiones? Con terribles amenazas que no puede hacer efectivas, y con furibundos anatemas, especie de espada de Bernardo, que solo puede arredrar á las mujeres.

Desengañaos, señores ultramontanos, habeis perdido la partida. Ha llegado para vosotros la época de las grandes expiaciones. Ya no sois dioses; sois simplemente hombres como los demas. Volverá el buen sentido moral que vosotros habeis sofisticado, á dirigir las costumbres; volverá la savia del cristianismo que con vuestro impuro contacto viciásteis, á circular por las venas de los organismos sociales; volverán las antiguas creencias despojadas de vuestras ridiculas añadiduras y enriquecidas con los

nuevos conceptos que les prestará la ciencia, á alumbrar los destinos de la humanidad en sus futuros desarrollos; pero vosotros habeis pasado para siempre, y vuestra funesta dominacion no volverá.

J. A. y P.

## EN LA BRECHA

Sin pretender hacer gala de erudicion en una materia ya de todos conocida en estos tiempos del vapor y del teléfono, vamos á ver si conseguimos tranquilizar las perturbadas conciencias de esos que, ante la ira de un magnate de la Católica Iglesia, tiemblan y se anonadan como ante el fragor de subterráneo ruido.

Abriendo los anales que Jacolliot y otros sábios orientalistas nos han dado á conocer, encontramos allá en las profundidades oscuras de los tiempos indios, una religion madre de la de Cristo con todos sus atavios de fórmulas y ritualismos; como esta, tenia sus sacerdotes ó sea el jefe de cada agrupacion ó Pagoda, que representaban lo que uno de nuestros entredados obispos.

Cuando á fuerza de mal ejemplo el clero ó sacerdocio indio, uniéndose á los magnates del Estado Civil, corrompió las costumbres y perturbó las conciencias, dando lugar á la clasificacion por castas dentro de una religion moral y altamente social, el Sumo Sacerdote indio, el obispo Bramánico ó Budista, inventó la excomunion como arma ofensiva para decidir en su favor contiendas civiles que redundaban en provecho inmediato de sus repletas arcas.

Como todo pasa en este planeta subllunar, el abuso de la excomunion produjo dos resultados antitéticos, pero que condujeron á un fin, cual fué el de pasar la importancia de aquellas maldiciones, dividiendo así al pueblo y arrastrándolo en su descrédito, á unos por crédulos en demasia, á otros por no despreciar como era su juicio semejante fantasma.

De las cenizas de aquella religion salió con los griegos la de los Dioses; y ya no eran los hombres los que anatematizaban; eran los mismos dioses desde las columnas del templo.

Pasó á Roma el politeísmo y vemos á Ceres anatematizando á el labrador que los campos descuida; vemos á Marte anatematizar á Antonio por

sus amores con Cleopatra; vemos, en fin, á Neptuno maldecir al inesperto navegante que no conduce su nave á feliz puerto.

Librase en el mar Rojo soberbia pelea en que caudillo Moisés por una parte y Faraon por la otra, Moisés gana la descomunal batalla y recorre osado tierras desconocidas.

Para gobernar á aquel pueblo nómada, intranquilo y descreído, necesitanse correctivos fieros, y el caudillo hebreo inventa la excomunion y la trasmite á sus sacerdotes; la vincula en una familia como para decirle en secreto: esta es el arma poderosa que te doy para sujetar á tus mandatos civiles á una indómita grey, esgrimela sobre las conciencias; porque la humanidad es mas vulnerable por la imaginacion que por el cuerpo; los dolores de la carne resistense hasta con increíble heroísmo: los del alma anonadan y matan.

Se inicia la reforma por el tránsito de las edades viejas á la vida del derecho; surge en el fondo de Judea la estrella magna que antes en lejanos siglos alumbró á Budha en su nacimiento; luce con mas fulgor en Nazaret, y doctrinas y moral olvidadas salen á plaza de lábios rojos cual los pétalos de la flor, puros cual los besos de la aurora, y Jesús dice á la reducida grey que le oye: *Todos sois iguales ante el Padre; al enfermo del alma bastale pedir al Padre un rayo de su divina clemencia*: y en su sublime oracion dice: *Perdonanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores: perdonanos nuestros pecados como nosotros perdonamos las ofensas de nuestros enemigos*. Y aquellas excomuniones de la vieja Iglesia, al oír el eco de tan robusta voz, más grande que la predicha por Juan en su fantástico sueño; más atronadora que la del Omnipotente en el Sinaí, caen derrumbadas cual edificio sin más cimiento que un pilotaje carcomido y deleznable.

La era de paz y perdon quedó sellada cuando desde la cruz perdonó Jesús á sus enemigos.

El Cristianismo, en su primitiva sencillez, en su antigua caridad, en su modesto esplendor moral, en su suave dominio del alma, jamás hubiera resucitado esa blasfemia que llaman excomunion, si de siervo de Dios no hubiera ascendido á autócrata de la humanidad; dejó el modesto pero sublime báculo del pastor por la soberbia espada del conquistador y llovió sobre él la iniquidad y el fuego de la soberbia.

El Catolicismo durante cuatro siglos no conoció la excomunion.

Un papa cruel, avariento, déspota y de soberbia sin límites, conociendo las antiguas prácticas de otras religiones, anatematizó á un Concilio reunido porque ponía coto á sus planes deicidas; y ved á uno que se llama representante de Cristo en la tierra, evocando á ese mito fantástico diablo, para que pierda un alma que él debiera con humildad ganar; vedle, faltando á las obras de misericordia é induciendo á la humanidad á que falte; vedle aconsejando no dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, ni enterrar á los muertos; parece mentira que blasfemias semejantes salgan del pecho y lábios de un humilde por deber.

La excomunion es un arma puramente civil y hecha solo para fines mundanales.

¡Cuanto se abusó de ella en la edad media desde el siglo VIII al XVII!

Todos los Papas excomulgaban á los Príncipes de las Naciones porque no se sometían á sus caprichos y rapiñas.

Ved si nó al Papa disponiendo de coronas como las de Alemania, Francia é Inglaterra; ved que trasiego: quitarlas á unos, *in nomine* por supuesto, para darselas á otros; excomulgando á los primeros, levantando las excomuniones á los segundos y vice-versa.

Así seguían dando á unos lo que á otros quitaban á medida que este ó aquel, llenaba sus escudillos ó repletos bolsillos.

Los Príncipes ofendidos muchas veces llevaban la excomunion tambien en la punta de sus espadas y los maldicientes veíanse humillados.

¡Pero qué más! Si ellos mismos jamás se respetaron; si entre los de ese poder tambien se anatematizan y sin embargo viven lozanos y dichosos!

¡Y hasta sus propios cadáveres son extraídos de la tumba, vestidos con los hábitos pontificales, anatematizados, despojados y despues arrojados al Tíber!

La excomunion la entendia bien nuestro Carlos I; excomulgado, lleva á Roma aguerrido ejército, encierra á un Papa belicoso y déspota; pero hace á la vez públicas rogativas por la libertad de su enemigo.

En fin la excomunion es antitética con la moral Cristiana, ella niega lo que Jesus concedió, ella condena al libre, porque es cadena del averno; pe-

ro rómpese enál frágil cristal ante la pura conciencia de la razón.

La base fundamental de esa imprecación soberbia dicen sus mantenedores está en los Cánones de la Iglesia. Es cierto desde el Tridentino se hicieron regla de fé los efectos de la excomunión.

Pero ¿qué son los cánones de la Iglesia? leyes; malas leyes votadas en tiempo del más espantoso despotismo para gobernar con ellas el universo todo, para tener sujetos como con férrea cadena á Pueblos y Príncipes; leyes votadas las más veces por hombres de buena fé pero ignorantes; leyes votadas como en uno de los congresos modernos con minoría y mayoría; leyes que no se han reformado y que piden una revisión inmediata.

Los tiempos marchan, la carrera de la humanidad es vertiginosa y así como el estado civil cambia sus leyes por otras más armónicas, con esa carrera de los tiempos; así los Cánones de la Iglesia, si no se varían, servirán de burla y serán despreciados porque en la vida de este planeta todo es armonico, todo tiene que marchar con igual velocidad, lo que se retrasa es pisoteado, es escarnecido, atrás queda para siempre. Tal sucede con esa intolerancia ultramontana que en su soberbia agonia no vé ó vé demasiado que se le pisotea por inservible, por atrasada, por déspota, en fin, por no marchar con los adelantos armónicos que la humanidad en su derecho reclama, tiene y quiere.

La excomunión no debe preocupar á la humanidad; Dios, el Soberano autor del Universo, el innegable ordenador de esos mundos que ruedan por el Éter, el Supremo en clemencia y en caridad perdona, alienta, confía y anima á los excomulgados confundiendo en su impotencia á los soberbios, á los déspotas, á los que no practican la caridad, á los que aconsejan no ejercitar las obras de misericordia.

Así pues, almas timoratas, que esa excomunión los asusta ved que no es esa la doctrina del que murió en la cruz y dad al César lo que es del César y á la razón lo que ella reclama.

EL FARO, cuya luz queremos alumbre muy léjos, conoce á fondo el valor de ese sarcasmo que llaman excomunión; está su doctrina parapetada y escudada en la pura palabra de Jesús; la moral que sustenta es la eterna; la razón confirma esa moral y por lo tanto los golpes del Satanismo ultramontano que no quiere discusión con nosotros; solo nos causan lástima y alegría porque vemos

su impotencia y asistimos á su desesperada caída.

Adelante pues; los tiempos llegan; las profecías se cumplen.

Córdoba y Febrero 1882.

ADELAIDA PRIETOMORENO DE SOLANO.

La abundancia de material nos impide dar cabida íntegra en este número al trabajo que con motivo de la excomunión de EL FARO, nos remite D. Ricardo Caruana Berard.

En los números sucesivos lo haremos; contentándonos por hoy con publicar el siguiente comunicado que sirve como de prefacio ó prólogo á dicho trabajo.

### COMUNICADO

Sr. D. Julio Fernandez, Director de EL FARO.

Muy señor mío y estimado amigo:

Por una feliz casualidad ha llegado á mi conocimiento el gran cataclismo que V. ha experimentado, á consecuencia del terrible anatema de excomunión lanzado, contra su órgano de propaganda espiritista, por el Eminentísimo y Reverendísimo Prelado de esta Diócesis, y convencido de que no ha de censurar Vd. mi excesiva pusilanimidad, me apresuro á poner en su conocimiento que desde esta fecha debe V. considerarme como no inscrito en la lista de los numerosos suscritores de su excomulgado periódico, pues naturalmente no estoy dispuesto á sufrir las consecuencias ultraterrenas de tan tremebunda condenación.

*Surgite mortui, et venite ad iudicium.* He aquí, señor Director, las terroríficas palabras que me parece oír zumban en mis oídos cada vez que me ocupo de tan inesperado acontecimiento.

Es verdad que EL FARO es un periódico extraordinariamente barato, desde que sólo cuesta cinco perros chicos al mes, apesar de encerrar pensamientos más grandes que el papel que los contiene; pero es el caso que, con la tal excomunión, ya no puede uno leer sus lógicas y filosóficas doctrinas espiritistas—que dicho sea de paso consideraba yo antes de la excomunión, como las más racionales de todas las teogonias del mundo—sin quedar *ipso*

facto considerado como un nuevo ciudadano de los dominios de Satanás. Un porvenir semejante, como V. comprenderá señor Director, no puede mirarse con ojos de indiferencia, pues la cosa es algo más seria de lo que parece, y yo me guardaré muy bien de reirme como han hecho la mayor parte de las personas á cuyos oídos ha llegado el eco arzobispal de tan solemne y eficaz anatema.

¡Y eso es que estamos en el siglo XIX!

Pero, ¡á que maravillarnos de tanto cinismo, si la ignorancia es tan atrevida!..... A buen seguro que si los necios y estúpidos sacrilegos que han llegado á celebrar con banquetes ¡que profanación! el hecho de la excomunion de EL FARO, tuvieran conocimiento del alcance y trascendentales consecuencias de un anatema semejante, no se hubieran atrevido ¡insensatos! á recibir con homéricas carcajadas y frenéticas demostraciones de bacanal aplauso, la fatal é inapelable sentencia de su eterna condenación: *illè maledicti in ignem eternum*.

Aquí debía concluir, Sr. Director, mi humilde y desahogada epístola, pero un sentimiento de caridad cristiana me obliga á ejercer las obras de misericordia que tan recomendadas dejó el Maestro, y en lugar de concluir me inclino mas bien á principiar, recomendando á mis hermanos rebeldes la lectura de las mal trazadas aunque edificantes líneas, que con el título de DERROTERO INFERNAL acompaño.

Enseñar al que no sabe es un deber de todo fiel cristiano, y, desde que yo aspiro á ese título, creo que el mejor camino para realizar mi intento, es poner en práctica esa obra de misericordia.

Pero como para enseñar hay que saber, y yo soy un ignorante de tomo y lomo, no me queda otro arbitrio que el de echarme en brazos de los libros sagrados que mejor tratan los asuntos infernales, y únicamente despues de hacer un estudio detenido sobre las muchas maravillas que encierran dichos libros, me atreveré á manifestar á mis antiguos compañeros y hermanos en creencias *aquello mejorcito* que encuentre en ellos y crea que pueda serles mas provechoso para su salvación eterna.

En una palabra, mi propósito no es otro que poner de relieve la suerte que han de correr, si siguen inspirándose alrededor de los tripodes y no abandonan ese ilícito comercio que la infalibilidad Papal atribuye al Demonio, porque, *segun la ciencia y el criterio de Roma*, no puede explicarse de

otro modo la realidad de los llamados fenómenos espiritistas, *que esa misma Iglesia infalible ha sido la primera en confesar y aceptar como verdaderos*.

Y pues que el infierno aguarda á mis queridos hermanos y al infierno han de ir irremisiblemente, y por toda una eternidad de eternidades, si no abandonan el espiritismo, bueno es que vayan tomando nota de los siguientes apuntes, no solo para que aprendan el camino que han de seguir y conozcan los detalles de su *peregrinacion infernal*, sino para que en ningun tiempo puedan alegar ignorancia sobre la verdad de los hechos de que se hace referencia, ni echarme en cara que estando en el secreto del peligro que corrían, no les puse á tiempo el dedo en la herida.

Esperando, pues, Sr. Director, de su reconocida benevolencia, que se dignará dar cabida en las ilustradas columnas de su excomulgado periódico, al mal pergeñado trabajo á que me refiero, reitero á Vd. los sentimientos de la más alta y distinguida consideración su obsecuente y humilde servidor q. b. s. m. Sevilla, Febrero de 1882.

R. CARUANA BERARD.

Páginas del libro **Tinieblas y Luz**, que acaba de publicar nuestro particular amigo y querido correligionario **Manuel Navarro Murillo**.

(Trozos de un diálogo)

—Permite una observación, amigo Murillo: *si fuera cierto en absoluto, lo que dices, de que cada uno piensa con variedad, la unidad sería un caos*.

—No quiero contestarte científicamente, aunque podía, porque resultaría una cuestión larga; lo haré, pues, somera y vulgarmente.

Juzgas LA UNIDAD RELIGIOSA, por la unidad caótica que vosotros habeis fabricado. Respecto á la primera no te contesto como he dicho, porque amando la ciencia y la filosofía, ahí tienes á tu disposición las leyes